

El aire claro de su clima
fué suavizando mi altivez,
ella aprendió de mis palabras,
yo aprendí de su sencillez.

La colegiala era un destino,
mi destino que fuera al revés
con la mirada de la infancia
y la astucia de la vejez.

Yo pensaba en otras mujeres
y una mañana, sin querer,
se me entregó la colegiala,
sabor a leche, luna y miés.

Vanidoso miré sus piernas
y el impudor de su niñez
y le ceñí sus ropas tristes
en su alegría de mujer».

El espectáculo de la guerra civil española no ha dejado, como a muchos otros poetas, indiferente a Luis Merino Reyes. Su sensibilidad ha sido también herida por el suceso terriblemente dramático y un poema a *España* es la consecuencia. Con vigor expresa su dolorosa sacudida, con vigor diferenciado, pues Merino Reyes no standariza su voz al cantarle a España y logra participarle un acento personal.—A. T.



ROMANCES DE AGUA Y DE LUZ, por *Carlos René Correa*.—Edit.
Nascimento. Santiago

Frescura de agua y claridad de luz hay en estos romances de Carlos René Correa. Frescura de agua que fluye y corre

sin dificultad ni intermitencias, y alegra con su eglógica música de cristal nuestros oídos fatigados de difíciles polifonías estéticas; y clara luz que se derrama sin ansias ni deslumbramientos por la superficie misma de esta agua y nos recrea unos instantes la mirada fácil del entendimiento.

Y después... ¿y después? Pues nada más; que ya es bastante. La sencilla objetividad del romance entraba en este libro el impulso lírico del autor; y el impulso lírico a su vez arrastra y no disuelve a través de la cadencia de los octosílabos, la sal castiza del romance. Les falta, a estos romances de Carlos René Correa, el buen sabor de lo histórico, de lo anecdótico o legendario y aun ese color geográfico, inherentes siempre y en cualquier modo o medida, a este género. Algunos no son absolutamente romances, a pesar de su estructura métrica:

«Es una ronda de trigos,
es una ronda de amor,
los maizales y las viñas
dan su gracia en mi canción.
En los caminos se quedan
mis ojos mirando al sol;
la vida es vaso de rosas
que nos llenan de ilusión».

(Ronda, pág. 15).

Por lo demás, el mismo autor lo dice: «dan su gracia en mi canción»; como también lo observa hasta cierto punto el prologuista. Y nosotros lo decimos, no por disminuir méritos intrínsecos, que los hay evidentes en este pequeño libro, sino sencillamente por un repentino prurito de precisiones. Precisiones que, de puntualizarse, tendrían también algún mérito y oportunidad.

Bonitas imágenes, acá y acullá, anunciadoras de los futu-

ros conceptos definitivos, aligeran—que no condensan—el lírico romancear de esta agua:

«Mi corazón es un niño
con blusita marinera»,
.....
«Con sus ropajes raídos
llegan canciones de antaño;»
.....
«El río lleva la luna
en sus brazos de cristal,»
Etcétera.

En algunos de estos romances, como en «Constitución» y en «Molino de viento», y en algún otro, se mantienen en todo el transcurso de la composición, la gracia, la espontaneidad y la fácil emotividad de la expresión. Y una ingenua belleza interior, moral y primordial.

En una nota sobre un libro anterior de Carlos René Correa, decíamos que su característica esencial era la demasiada facilidad que tenía para escribir. Este nuevo libro lo prueba: quiso hacer un libro de romances, género a la moda, y lo hizo a breve plazo. Y ahora sabemos que quiere ya publicar dos libros más. Amén de todo lo que su generoso entusiasmo le obliga a escribir diariamente. Bien; pero nosotros quisiéramos a nuestra vez que cerrase por un poco de tiempo el caño fecundo de su lirismo, que es lirismo de latente calidad, para que después y de pronto salte el chorro poético con fuerza y sin premeditaciones.

La verdadera poesía es difícil.—GMO. KOENENKAMPF.